

5510 Febrero 1917 1687

Biosca

LA MISION SOCIAL DEL CLERO.

Vamos á dar una idea del discurso que sobre la mision social del clero pronunció monseñor Radini Tedeschi en el Congreso Católico Italiano celebrado en Fiésole el año último, y que hemos recibido traducido al francés.

Monseñor Radini-Tedeschi es muy conocido en Italia como entusiasta propagandista de la accion católica en la vida social y como infatigable organizador de Congresos católicos.

El mismo cuenta en su discurso que el día 13 de agosto último, Su Santidad Leon XIII le mandó llamar á su presencia. «Después que hubo besado sus piés sagrados—dice—con todo el ardor de un afecto antiguo é imperecedero, me introdujo en su habitacion particular y me habló largamente de la accion católica: su mirada era radiante, su palabra calurosa y fácil, su gesto solemne y suavemente paternal, su pensamiento tenia toda la lucidez de la juventud, de esa juventud que quiséramos fuese eterna. Yo estaba allí literalmente cautivado por aquel anciano que es la revelacion viva de Jesucristo en la tierra y que con su palabra conduce el mundo á Jesucristo. De pronto, tomando una espresion mas solemne todavía de autoridad y de amor, mirándome fijamente y dibujándose en sus labios una sonrisa que nunca olvidaré:—Id—me dijo—trabajad en la obra de los comités; recibid de Nos esta mision especial en Roma, y consagrad á ella sin temor todos vuestros esfuerzos y todo vuestro entusiasmo.—Con la alegría en el corazon y completamente sumiso contesté al Vicario de Jesucristo:—¡Con toda mi alma, Santísimo Padre!—»

Todo el discurso de monseñor Radini-Tedeschi tiende á encomiar esta accion social del clero: «Entre las aberraciones de nuestra época—dice—una de las mas funestas es la idea que en general se tiene de la mision del clérigo. Se supone que su accion debe limitarse á los oficios divinos, á la santa misa, á los Sacramentos, al confesonario, á los estudios sagrados, al catecismo, al púlpito, á la Iglesia, á la sacristía, al bien particular interior de las almas, al lecho de los moribundos...»

Monseñor Radini se lamenta de que crean esto no sólo los anti-clericales y los indiferentes sino tambien muchos creyentes y amigos de la Iglesia. Revuélvese contra tal idea y esclama: «Es absolutamente necesario, señores, que el sacerdote entre en la lucha social y haga respetar de grado ó por fuerza las posiciones conquistadas.»

Añade luego que el clérigo que rehusa entrar en la lucha social es culpable de traicion, es infiel á su mandato, y peca á la vez contra la patria, contra la Iglesia y contra Jesucristo.

«La vida social y la vida espiritual son inseparables, porque la primera es buena ó mala segun lo sea la segunda en cada individuo particular, y la vida espiritual no puede sostenerse bien si la social decae. Ahí está la experiencia—añade—. Se ha proclamado la libertad de conciencia, y la conciencia ha concluido por limpiar el tesoro público y los bolsillos de los particulares. Se ha proclamado la libertad de cultos, y los apóstatas, los herejes y los judíos lo han podido todo, mientras los católicos han continuado siendo los únicos oprimidos. Y al fin tenemos un Estado usurpador (*voleur*), un Estado ateo, un Estado-dios, al lado de un pueblo sin cristianismo y, por tanto, sin moral ni religion; una sociedad completamente desorganizada bajo el triple aspecto económico, político y social.»

Para remediar esta desorganizacion, escita el orador el celo de los ministros de la Iglesia en estos términos: «El clérigo tal vez se ha dejado aterrorizar y ahuyentar demasiado fácilmente, y es absolutamente necesario que recobre su puesto. El clérigo debe descender con valentía al campo de batalla; debe luchar y resistir hasta á costa de su sangre; y no con una resistencia pasiva, sino con una resistencia activa; porque la resistencia pasiva se parece demasiado á la actitud de la víctima ante el hacha del verdugo, y nosotros solo podemos escoger una clase de muerte, la de los mártires, no la de los cobardes y malhechores... La astucia y la violencia de los sectarios, ó los halagos de los concilia-

dores impenitentes, quieran condenarnos á una resignación que no es la virtud del hombre fuerte, sino la del bruto, la del asno. Y el clérigo, señores, no debe ser un asno, sino un león. Y en fin, el argumento de los argumentos es la voluntad de Cristo *qui per Leonem loquitur*: «En las condiciones actuales de la Iglesia—ha dicho el Papa—los clérigos han de tomar también á su cargo el dirigir las multitudes y el espíritu de los fieles; y esto, en virtud de su autoridad, deben hacerlo abiertamente y dando el ejemplo.» Así, pues, el clérigo que juzgara inoportuno, inútil, ó no obligatorio, lo que el Papa dice que es obligatorio, oportuno y necesario, este clérigo no podría sin escándalo y sin pecado continuar celebrando la misa, según el Papa mismo lo ha afirmado.»

En seguida, aludiendo á los trabajos de la masonería contra la Iglesia, considera que hoy más que nunca es necesaria y perentoria la acción social por parte de los eclesiásticos; pues aunque reconoce el ardor y la bravura de los fieles laicos que han alzado cruzada contra aquella secta, asegura que estos laicos están aguardando, para que les conduzcan á la victoria capitanes que no pueden ser otros que los ministros del altar, puesto que sin ellos monseñor Radini cree que los seculares, dado el campo de la pelea, podrían fácilmente estraviarse.

Por esto quiere que los clérigos se coloquen al frente del movimiento científico y de los estudios sociales; que organicen asociaciones católicas, y sobre todo congresos; que formen comités de acción; que trabajen en la prensa periódica; que se hagan suyos á los jóvenes, las madres, los obreros, los agricultores, el pueblo en general, tomando en su mano desde los ejercicios espirituales hasta los intereses temporales por medio de la formación de cooperativas, bancos y sociedades, según convenga y aprovechando todas las ocasiones oportunas. Para poder hacer todo esto dice que los clérigos deben empezar por educarse á sí propios con serios estudios y merced á un trabajo interior que les dé aptitud para este nuevo apostolado y les permita obrar eficazmente por todos los medios lícitos. Como enseñándoles hasta dónde se puede llegar ya desde luego por este camino, les pone ante los ojos las conferencias eclesiásticas de Val-dos-Bois en la colonia industrial de M. Leon Harmel, á quien todo un pueblo—dice—se complace en llamar su «buen padre».

Y encarándose con los obispos que asistían al Congreso de Fiésole: «¡Hablad, Pastores de Israel!—esclama—vosotros, que aquí ocupáis el principal lugar, después de haber combatido siempre en primera fila en los combates del Señor, ¿no es verdad que mis palabras son expresión fiel de lo justo? ¡Honor y gloria á estos laicos católicos, apasionados por dejarse guiar y no por imponerse; por pelear por Cristo y no por tener ningún mando; por ser soldados y no capitanes! ¡Honor y victoria á estos clérigos que recordando el precepto divino que les impone no el saber permanecer inmóviles, sino el ir adelante—*¡ite!*—tenden la mano á aquellos laicos; que corren á tomar el mando comprendiendo los tiempos en que viven y los deberes que ellos les imponen, y que en medio del furioso oleaje guían el barco asaltado por la tempestad, tendiendo su mano auxilidora á la sociedad, que está á punto de naufragar, y no cierran los ojos á sus gritos de socorro, ni mucho menos la mandan de un golpe de remo en la cabeza á percer en el fondo del abismo de iniquidades! Ellos son la sal de la tierra: toquen, pues, á los hombres para preservarlos de corrupción. Son apóstoles: salgan, pues, del Cenáculo, y por la eficacia de su doctrina y por la fuerza de la gracia celeste, con el concurso de su trabajo, realicen el prodigio que todo el mundo está esperando: una nueva redención social.»

Tal es, en sustancia, el discurso, y tal es el hombre; porque en párrafos como los que acabamos de transcribir, no solo se descubre todo un género de elocuencia, sino que se trasparencia todo un temperamento. Bien se comprende que un hombre así sea el alma de comités y de congresos, y que sus discursos tengan tantísima resonancia.

No pretendemos dar á sus palabras sino el valor que resulta de la exactitud con que haya apreciado la situación de las cosas y de las pruebas en que funde sus afirmaciones; pues, aunque nos hable de las conferencias que ha celebrado con el Papa, sabemos bien que el pensamiento pontificio, como Jefe de la Iglesia, no ha de buscarse en sus conversaciones privadas, sino en las Bulas, Encíclicas y otros documentos oficiales; pero, aun con esta salvedad, nos ha parecido muy del